

Valemos más que nuestras obras

Lucio del Burgo

Era una fiesta judía. Se había reunido toda la comunidad para celebrar el cumpleaños de uno de sus miembros. Había llegado a la edad de ser miembro de esa comunidad a pleno derecho. El Padre de ese joven tomó la palabra y dijo:

“Hijo mío, no sabemos lo que tú será en el futuro. Pero yo quiero expresar que tú eres mi hijo y siempre estaremos a tu lado echándote una mano, cuenta conmigo y con toda tu familia”.

Hoy hemos escuchado en el Evangelio estas palabras dirigidas a Jesús. **“Este es mi Hijo, el amado, mi predilecto. Escuchadlo”**.

Dicen los estudiosos del Evangelio que el sentimiento, la convicción más profunda de Jesús era sentirse “Hijo amado”. Es la conciencia más profunda de Jesús. Esto le daba ánimo en los momentos duros de la vida, sobre todo ante la incomprensión de los discípulos. No solo era la experiencia más honda de Jesús sino también lo que más quería inculcar a sus discípulos. Así aparece en el Bautismo y la Transfiguración del Señor.

El cristianismo es mucho más que el cumplimiento de unos preceptos. Es más que

ser buenos y honestos. Es una persona que se ha hecho amigo y compañero de todas las horas. Es Jesús, el incondicional.

Hay una verdad original de la persona humana. Es esta: "Tú eres mi Hijo Amado". Más allá de nuestras limitaciones, pecados y miserias, hay una bondad original de la persona y esta es una realidad donada por Dios. Valemos más que nuestras obras. Somos hijos amados de Dios.

Tú y yo somos hijos amados de Dios. Repetirlo lentamente en silencio da una gran paz y esponja el corazón.

"Tú eres mi Hijo Amado",

"Tú eres mi Hijo Amado"

No es una fantasía sino la verdad fundamental del Evangelio y de la vida humana.